

## EL PLACER DE MIRAR\*

Por: Héctor Ceballos Garibay

Al ilustre Bernard Berenson le encantaba repetir cierta frase suya a los absortos escuchas de sus célebres conferencias magistrales: “Para gustar de la pintura, una sola enseñanza es posible: mirar, mirar hasta que la pintura haya penetrado dentro y forme parte de nuestro ánimo”. Este apotegma del mejor historiador que ha tenido el Renacimiento italiano se aplica inmejorablemente a las abstracciones pictóricas de Roberto Escobar, cuya obra, no obstante la juventud del artista, es una demostración feliz de que el arte debe concebirse como una manera particular del aprendizaje sensorial e intelectual de los seres humanos: *mirar mejor para vivir mejor*. En efecto, luego de escrutar cuidadosamente la intensidad colorística y la profusión de formas y texturas con las que el pintor uruapense se regodea hasta saciarse, el público receptor comienza poco a poco a columbrar el placer inherente que dimana de ese universo estético que con tanta libertad y precoz destreza se nos ofrece a la vista. Y de esta fiesta de imágenes y colores –una paleta versátil y dinámica, sin duda– brota como cascada un espíritu festivo, sabrosamente lúdico, una pasión por mirar e inventar el mundo, un camino para gozar la vida a través del arte.

Si bien Adolf Hoelzel fue el creador, en 1905, de la primera obra abstracta en la historia de la pintura moderna, es a Kandinsky a quien todo mundo reconoce como el fundador del arte abstracto. Una anécdota biográfica del gran artista ruso revela la impronta del azar en la génesis de esta novedosa modalidad estética que revolucionaría la plástica del siglo XX. Una noche del año 1910, al entrar en su casa de Munich, Kandinsky no reconoció de pronto uno de sus propios cuadros, el cual estaba al revés, quizá producto de algún movimiento involuntario cuando acomodaba su estudio; y al observarlo con curiosidad, descubrió en él una belleza pasmosa: las figuras por él pintadas no eran ya reconocibles en esa posición invertida, pero ahora todo el cuadro le parecía mucho más intenso y expresivo que en su posición original. Impactado por esa obra suya en donde ningún objeto o sujeto eran plenamente identificables, Kandinsky comenzó a experimentar con una propuesta radical sustentada en la disolución de las formas naturalistas. Así nació su prodigiosa serie de *Composiciones*, *Improvisaciones* e *Impresiones* a través de la cual, varios años antes que Kasimir Malevich y Piet Mondrian, pudo explorar con grandes frutos la intensidad espiritual y la elocuencia lírica del abstraccionismo. Desde entonces, no sólo quedó superado el canon sacrosanto del realismo: el mandato de apegarse a un espacio tridimensional y a una representación objetiva, sino que también, gracias a Kandinsky, el

público tomó conciencia de que las obras abstractas, de manera diferente y a veces mejor que los propios cuadros realistas, eran capaces de mostrar sensaciones y sentimientos internos y esenciales, tal como lo expuso teóricamente el maestro ruso en su libro clásico *De lo espiritual en el arte* (1912).

Este breve recuento histórico viene a cuento porque la joven producción pictórica de Roberto Escobar se inscribe en esta noble estirpe de la Abstracción lírica, la cual nace en la gloriosa época de las vanguardias artísticas, se desarrolla magníficamente con el Informalismo europeo y el Expresionismo abstracto estadounidense en los años 40 y 50, y aún hoy, por fortuna, pervive en la creación plástica de varios notables artistas que integran el ancho y ecléctico mundo de la posmodernidad. Ubicado en esa augusta tradición, el pintor uruapense también crea lienzos a manera de “vibraciones espirituales”, igualmente evoca y convoca diferentes estados emocionales, principalmente los hedonistas: el placer de mirar, el placer de conjugar colores puros, el placer de amalgamar los puntos y los círculos, las rayas horizontales y las verticales, el placer del arte y de la existencia. Su obra, prolífica y versátil, en pleno proceso hacia la madurez y en camino de hallar un estilo propio y definitivo, busca y encuentra la más libre y fortuita de las creaciones en cada cuadro; pero nunca olvida que, detrás de este derroche aleatorio de expresividad y álgido colorido, ciertamente se esconde una determinada esencia espiritual.

La obra reciente del pintor uruapense es totalmente abstracta, pero de ninguna manera sus propuestas artísticas tienen parentesco con al abstraccionismo geométrico y racionalista del Suprematismo o del Neoplasticismo, antes al contrario, ellas siguen la línea fijada por la vertiente lírica de Kandinsky y del Expresionismo informalista europeo: el derroche de la emotividad, el imperio de la gestualidad, la improvisación creativa, la búsqueda de armonías caóticas y temperamentales. Y en ese amplio espectro de visiones y configuraciones expresivas y poéticas aparecen maestros como Kandinsky, Klee, Hartung, Mathieu, Saura, Fontana, y un largo etcétera. Así entonces, los colores fuertes y los trazos reiterativos de círculos entrelazados y espirales nos conducen a un cosmos estético original y misterioso saturado de intuiciones afortunadas, de ritmos caprichosos y de recreaciones emocionales que revelan la existencia de un autor capaz de proyectar placer estético en sus cuadros.

Descendiente de guitarreros, Roberto plasma consciente e inconscientemente su amor por ese peculiar y noble instrumento musical de cuerdas. Son numerosos los lienzos suyos en donde aparece de una u otra manera, arriba o abajo, en un costado o en el otro, la enhiesta imagen de la guitarra o de alguno de sus elementos: el rosetón, las cuerdas, la clavija, la virola, el mástil, el armazón. Y de ahí, de esos colores contrastantes y vehementes, de esas pequeñas guitarras en ciernes, nace y se expande por

doquier la musicalidad que le es propia a esta obra siempre rítmica y danzante, siempre sugestiva y dinámica, siempre jubilosa y seductora.

Es por todo ello que, incluso en las creaciones figurativas de su primera época, el Expresionismo de Roberto no resulta intimidante ni atemoriza a su público, tal como si lo hacen los rostros monstruosos de Emil Nolde; ni tampoco es burlón o grotesco como lo son las máscaras de James Ensor. Al contrario. Sus calaveras, por ejemplo, más que ser tétricas o fúnebres, aparecen impávidas y sosegadas, sin dolor alguno y hasta con un dejo de coquetería. Quizá debido a su personalidad tranquila y amigable, sus cuadros constituyen una lúdica invitación a disfrutar la experiencia de vivir, a reproducir diariamente el goce insaciable de la existencia, esa conducta humana que se expresa en ciertas actitudes de imponderable valor: la sorpresa, la risa, la curiosidad, el anhelo de saber más y de experimentarlo todo, absolutamente todo, ya sea en carne propia o a través del arte. Estamos, pues, ante un Expresionismo feliz –valga la paradoja–, frente a un talante festivo y juguetón que no renuncia al espíritu crítico y contestatario de la tradición a la que pertenece, pero que al mismo tiempo propone una suerte de serenidad gozosa, de catarsis estética y, por ende, de reconciliación y apego a la vida, no importa cuán ominoso y degradante sea el entorno que nos rodea.

\*Texto para la inauguración de la Exposición pictórica en el Centro Cultural Universitario, el 4 de marzo del 2004, en Morelia, Mich.